

en su nueva novela "La consagración..."?

—En mi nueva novela "La consagración..." he tratado de mostrar cómo varios personajes que representan varios estratos sociales reaccionan, actúan, se mueven en función de esos grandes acontecimientos que, como el *fatum* de la tragedia griega, están detrás de ellos, los envuelve, los conduce, los guía o los hace adoptar tal o cual posición ante la vida. Aparte de esto, no es una novela filosófica, ni metafísica, ni nada, es una novela de hombres y mujeres, como todos los hombres y mujeres que nos encontramos en el mundo contemporáneo y que se topan con acontecimientos, y que reaccionan ante esos acontecimientos de acuerdo con su temperamento. Básteme decir que el escenario de esta novela es muy grande: se desarrolla en La Habana, en México, en Venezuela, en París, en Madrid, en Nueva York; es una novela que empieza muy exactamente, en el año treinta y siete, en el hospital de Benicassim, en el ámbito de las Brigadas Internacionales, y muy especialmente del gran núcleo cubano de más de mil hombres —no hay que olvidarlo— que formaban parte de ellas. Y esa novela nos conduce hasta la fecha histórica del año sesenta y uno de la batalla de Playa Girón, en Cuba, que marcó la primera victoria de un país latinoamericano contra el imperialismo norteamericano.

Usted ha hablado de la función de la novela y del novelista; ahora bien, ¿cómo definiría a la buena literatura, si hablamos de buena o mala literatura?

—Bueno, yo empezaría por decir que hay literatura bien escrita y literatura mal escrita, literatura bien construida y literatura mal construida; esto en lo que se refiere a los modos de hacer.

—¿Le interesa la forma cuando usted escribe?

—No hay creación sin forma, la forma es absolutamente necesaria en todos los ámbitos posibles de la literatura, del arte en general, de la pintura o de la música.

EL "BOOM"

—Ahora creo que sería importante que usted hablara un poco de la literatura latinoamericana.

—Bueno, yo le diré una cosa; se está hablando mucho de literatura latinoamericana, desde que empezó a usarse en la prensa, un poco en todas partes, ese muy desafortunado término de "boom". Bueno, el "boom" ya sabemos lo que significa en inglés: el "boom" es lo que nace de nada, que nace un buen día. Son las ciudades que surgieron sobre los yacimientos de oro en Alaska, son las ciudades que surgieron en Venezuela sobre los yacimientos de petróleo, ciudades que se edifican en un día,

de cualquier manera y que de repente cobran aspecto de gran capital al cabo de pocos años.

—Es fácil deducir a dónde nos conduce usted, ¿o sea que la novelística latinoamericana es un viejo proceso de acopios?

—La literatura latinoamericana es tan vieja como la conquista, y como ejemplo está la universalidad del Inca Garcilaso o sor Juana Inés de la Cruz, que, sin duda alguna, fue la más grande poeta del siglo diecisiete. Desde mil ochocientos treinta hay novelas en América Latina muy interesantes, aunque un poco provincianas, es cierto. Luego, esa novelística encuentra nuevos exponentes a partir de los años veinte, con Ricardo Güiraldes, el autor del "Don Segundo Sombra", José Eustasio Rivera, con "La vorágine", y Rómulo Gallegos, con "Doña Bárbara". Se puede decir que a partir de estas etapas, concretamente del año cincuenta, hay una suerte de desprovincialismo. Se va avanzando hacia una novela más universal, sin olvidar nuestros problemas y nuestra condición de latinoamericanos, y, por lo mismo que se va hacia una visión universal, la novela alcanza una mayor publicidad. De ahí el éxito de la novela latinoamericana no solamente en Europa y América, sino en todos los países de la Tierra. Hoy los novelistas latinoamericanos están traducidos hasta en japonés.●

## Elogio desmedido de...

J. V. Foix

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Hoy me pongo ligeramente serio, me ciño las sienes con una corona de hojas de vid, me envuelvo en un manto de púrpura y calzo altísimos coturnos, pues escribo sobre el más brillante, singular e insólito poeta que ha producido la lengua catalana desde Ausias March hasta aquí, de momento, ya que la continuación no se ve nada clara. Con Franco escribían mejor, dijo un incordiante el otro día.

Ya expliqué, no sé dónde, que mis vinculaciones con Foix y su mundo fueron muy anteriores a mis lecturas adolescentes de su obra. Me explico: él tiene dos pastelerías en la villa de Sarrià que eran, con sus escaparates llenos de pasteles, bombones y caramelos, tan excitantes para mis cinco, seis y ocho años como *El Jardín de las Delicias* de El Bosco. Yo vivía en el contiguo barrio de Tres Torres, y así que tenía una peseta, me iba directo a una de sus dos tiendas. El nombre de Foix representaba para mí el mundo de todos los placeres, que a esa edad convergen en la gula más desenfadada. Detrás de los cristales podía verle, siempre con la piel como recién tostada por el sol, impartiendo secretas órdenes a las empleadas silenciosas.

Lo del moreno tostado lo descubrí el día

que le encontramos en el Port de la Selva, sentado en la terraza de un bar —zapatos, pantalón, camisa, chaqueta y sombrero en blanco perfecto—. Veraneaba en el Port de la Selva desde siempre, y mi familia, en el Port de Llansà. Mis padres le saludaron y él me dio un caramelo, bastante pequeño, por cierto, pero me hizo muy feliz pensar que me había reconocido.

Los años pasan rápido, y ya estaba yo de aprendiz de escritor cuando leí sus libros. Qué barbaridad, pensé, a este hombre le queda pequeño el país y el planeta. Su lenguaje poético, lleno de elementos sorprendentes que él utiliza para conseguir los más extraños resultados, contrasta con una especie de malicia o pudor que le hace esconder su personalidad privada de ciudadano que paga contribuciones y arbitrios detrás de una fulgurante e inventada personalidad de creador, que adorna con escepticismo y burla, presentando un talante enfurruñado e infantil.

Foix es medieval en la preparación y manejo de sus poemas: el Diablo, Dios y la Virgen salen por ahí, de un modo más pagano que un aquelarre, en poemas llenos de recursos que Foix aprendió de los futuristas italianos y de los surrealistas franceses, amén de

sus lecturas de poetas provenzales, prerrenacentistas y clásicos, hasta llegar a Ezra Pound. Todo ese guiso de cinco tenedores de verdad lo adereza al fin, y antes de servirlo, con una pizca de desconfianza irónica tan propia de la mediana burguesía de la villa de Sarrià, de la vieja menestralía y de los hombres de mar de uno y otro lado del cabo de Creus, lugar de la costa del Alto Ampurdán en la que está su casa del Port de la Selva.

Y así, desde su *Sol, i de dol* (Solo, y de luto), que escribió en 1936 y no publicó hasta 1947, hasta sus *Obres Poètiques* (1964) y más que han seguido, y desde su primera prosa de creación a su *Diari*, este hombre, tieso y elegante, que se acerca tranquilamente a los noventa años, sigue ordenando papeles, escribiendo y vigilando la marcha de sus dos pastelerías de Sarrià, de la literatura catalana en general y de la suya en particular.

Lo he decidido: iré a la plaza Mayor y, como siempre, me compraré caramelos de miel en una de sus pastelerías, descenderé hasta la calle Setantí, prepararé las escaleras de su casa, tocaré el timbre y me abrirán la puerta. Entonces, Foix me hará pasar y sentarme y hablará de lo que sea, y volverá otra vez la absoluta fascinación.●